

Un día en el bosque

Idea original: Maite

Adaptación: Gregorio

Ilustraciones: Javier

Érase una vez un pueblo llamado Dunos, situado en un hermoso valle desde donde se podía contemplar la silueta de Sairutsa, la cordillera que casi rodeaba el pueblo.

En él vivían dos hermanos, Daniel y Hugo.

Daniel y Hugo iban al mismo colegio, pero a clases distintas. Daniel, inquieto, un rabo de lagartija, tenía 6 años y Hugo, curioso, algo tímido pero sociable, solo 4 años.

Un día en clase de Daniel la “profe” les dice: “Si este fin de semana vais al campo, fijaos bien en todo lo que allí se esconde. Bajo una seta o entre las piedras, puede haber otros seres ¡No los

piséis! Si los respetáis, otras criaturas os lo agradecerán”.

Cuando los niños llegan el viernes del “cole” le cuentan a su mamá lo que su maestra les ha dicho. Que cuando vayan al bosque, lo respeten y, de paso, que recojan hojas caídas y algún insecto para el álbum escolar.

- Casualmente, les dice su mamá, papá y yo hemos decidido preparar una rica merienda para irnos mañana de excursión al bosque.

La idea les entusiasma y se ponen a dar saltos de alegría.

- Mamá ¿puede venir mi amigo Adri? Preguntó Daniel.
- Vale, dijo su madre.

- Mamá, mamá, pues yo quiero que venga mi amiga Deva que es muy, muy amiga mía.
- De acuerdo, pero tendremos que decírselo a sus padres para ver si les dejan.

Y llegó el sábado. Cargaron todo en el coche de papá y allá que parten hacia el bosque. Adri y Deva iban con ellos, pues sus papás les dejaron ir. Iban cantando en un día que se presentaba soleado y con buena temperatura.

Cuando llegaron al bosque buscaron un lugar entre sol y sombra, junto a unos grandes árboles.

Los niños salieron rápidamente en busca de aventuras, con los ojos muy

abiertos, ansiosos por descubrir, pero... una voz, ya lejana, les perseguía: "No os alejéis mucho, puede haber algún peligro".



Cerca de allí, Daniel y Adri encontraron un pequeño lago sobre el que empezaron a lanzar piedras, para ver quién llegaba más lejos rebotando sobre el agua.

Desde una posición algo más elevada, a Hugo y Deva aquello les pareció un rollo, por lo que se fueron a explorar por otro camino. Al poco rato se encontraron con un árbol que les pareció muy raro.



Era un enorme pino piñonero que extendía sus ramas hacia un amplio claro del bosque.

- ¡Mira, Deva, está lleno de agujeros! Vamos a ver que hay dentro.

Cuando Hugo metió la cabeza por el agujero más bajito, gritó: “Hay unos ojos grandes que me están mirando”

“Déjame ver a mí” dijo Deva. Se inclinó tanto que ¡zas! cayó dentro. Hugo, que también era muy curioso, la siguió.

Una vez repuestos del susto, se encontraron en una gran despensa de piñones y avellanas y una ardilla tan asustada como ellos.

- Mira Hugo, es una pequeña ardilla y está tiritando.
- Bueno, tampoco vosotros sois tan mayores, les contestó la ardilla.
- ¿Pero tú sabes hablar?
- Claro que sé. He aprendido escuchando a los humanos cuando vienen al bosque, que por cierto, lo dejan todo sucio.
- Vosotros también ensuciáis el bosque.
- Sí, pero nosotros lo limpiamos. Es nuestra casa.
- Bueno, nosotros no ensuciamos, porque en el “cole” nos enseñan que hay que cuidar la naturaleza. Nunca dejamos nada tirado. Antes de irnos, recogemos todo en una

bolsa y lo tiramos cuando llegamos a casa.

- Bien, tal vez vosotros no, pero hay mucha gente que sí lo hace.

Aunque allí dentro no llegaba mucha luz, Hugo y Deva se fijaron en que en un rinconcito había amontonadas nueces y avellanas.

- ¡Oye! y para que tenéis tantos frutos secos.
- Pues para que va a ser, para comer. Comemos eso porque nos encanta. ¿No coméis vosotros sopa, tortilla o filetes?
- Sí, es verdad, pero aquí lo traemos preparado de casa para no tener que hacer fuego, que ya sabemos

que es muy peligroso para el bosque.

- Podrías decirles a todos vuestros vecinos que hagan lo mismo que vosotros.
- Se lo diremos. Pero... ¿y tú con quien vives?
- Anda, pues con mis papás y mis abuelos.
- ¿Y dónde están?
- Están recogiendo frutos para pasar el invierno.
- Si quieres, nosotros podemos traerte algo para comer.
- No, la probé una vez, de lo que dejasteis tirado, y no me gustó.
- Pero la leche o un zumo de frutas seguro que te gustaría.



Se escuchan ruidos en el bosque...

- Ahora tenéis que ir, mis padres están al llegar y se enfadarían si me encuentran hablando con vosotros.
- Bueno, nos vamos, pero díles que algunos humanos no hacemos daño a los animales ni al bosque. Por cierto ¿cómo te llamas?

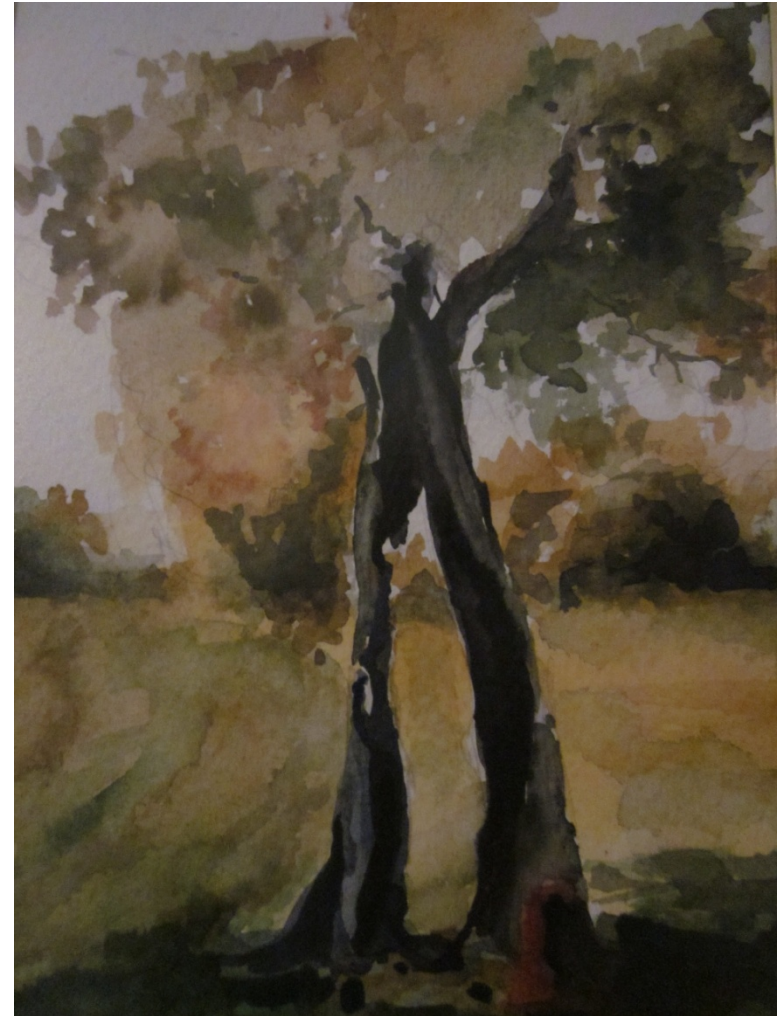
- Me llaman Aldira ¿y vosotros?
- Yo Hugo.
- Y yo Deva.
- ¡Volved cuando queráis, os reservaré unas nueces!

Cuando Hugo y Deva se encuentran con Daniel y Adri les cuentan su aventura: “Hemos conocido una ardilla que habla, vive en el árbol de los grandes agujeros y tiene una despensa repleta de piñones nueces y avellanas.

- ¡Lo que inventan estos pequeñajos!
- ¡Pero es verdad!
- Niños ¡a comer! Se oyó la voz de mamá.

Y allí que acuden los cuatro, después de una mañana llena de emociones.

- Papá viene enseguida, está comprobando no se qué del coche.
- Mamá, dijo Hugo, hemos conocido una ardilla que habla.
- ¡Qué suerte! ¿Y qué os ha contado?
- Pues que hay que mantener limpio el bosque y no hacer fuego. Vive con sus papás y tiene muchos frutos secos del bosque almacenados.
- Pues nosotros, comenta Daniel, hemos oído un cantar: ¡croa! ¡croa! ¡croa! ¿Qué podría ser...? Pero lo mejor de todo es que hemos cabalgado en una nutria gigante que parecía el monstruo del lago Ness.



-

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Todos rieron, menos Hugo y Deva.



Por la tarde, Daniel y Adri fueron en busca de hojas e insectos para su álbum escolar, mientras que Deva y Hugo recogían frutos junto al árbol de su amiga la ardilla.

Daniel y Adri avanzaban por un estrecho camino bordeado por grandes árboles.

- Mira, Daniel, ¡que hojas más grandes tiene ese árbol! Voy a coger una.
- *Las hojas no se arrancan, se recogen del suelo.*
- Pero... ¿quién ha dicho eso?
- Yo no, pero sí he visto moverse al árbol, como enfadado.
- ¡Vamos, no disimules! ¡Has sido tú quien lo ha dicho!

- Te repito que no. ¡Quien habló fue el árbol!
- *A que si yo os tiro de las orejas os duele, pues lo mismo me pasa a mi cuando me arrancan las hojas.*
- ¡Perdona, no lo haremos más!
- *Soy el árbol más viejo del lugar, por eso os hablo.*
-



Algo confusos, los niños salen corriendo. Cuando paran, todavía jadeantes, Adri le dice a Daniel: “Yo creo, que si lo contamos no nos van a creer, como les ha pasado a los pequeñajos”.

- Podemos contárselo a Hugo y Deva y decirles que nosotros si les creemos, porque también a nosotros nos ha ocurrido un hecho fantástico. Pero a los mayores, todavía no.

Cuando Daniel y Adri vuelven con sus hojas recogidas del suelo y algún insecto para el álbum escolar, Hugo y Deva limpiaban todo resto de papeles o plásticos que hubiera por el suelo. Aldira, que estaba subida en un árbol y

lo veía todo, les chistó: ¡muy bien chicos, gracias! Los niños se miraron y se sintieron felices.

De regreso a casa, Hugo preguntó a sus papás:

- Oídmeme, Deva y yo no sabemos escribir todavía, ¿vosotros podéis hacer unos carteles que digan: “No se tiran desperdicios en el bosque ni se hace fuego”?
- Pues claro, dijeron los papás de Hugo, a lo que Daniel y Adri asintieron: “Nosotros también podemos, porque sabemos escribir”.
- ¡Bien!, gritaron los más pequeños. Así tendremos muchos para repartir en el colegio.

Ya anochecido, llegaron a casa tras dejar a Deva y Adri en la suya.



Pocos días después, Daniel, su papá y Adri fueron al encuentro de Hugo y Deva para darles lo que les habían pedido: ¡un montón de carteles!

- ¡Qué bien! Podremos darles a todos los niños.

Después de repartir los carteles, de camino a casa, hablaban.

- Pero, Deva, no les hemos contado que conocemos una ardilla del bosque... ¡que habla!
- No Hugo, porque dirían, como siempre, que es cosa de la imaginación de los pequeñajos.
- Sí, pero nosotros sabemos que es verdad ¡y que tenemos una amiga en el bosque!

Daniel y Adri llegan corriendo.

- ¡Eh, chicos, esperad! Tenemos que contaros algo. Os tenemos que decir que a nosotros también nos ocurrió una aventura fantástica en el bosque.
- ¡Nos habló un árbol!
- ¿Sí?
- ¡Era el abuelo del bosque!
- Y a nosotros una joven ardilla.
- Tenía razón nuestra “seño” cuando nos decía que observáramos con atención el bosque, porque es un lugar **mágico**.